

prensa. Desde el punto de vista temático, Azorín siente preferencia por el paisaje castellano y por la literatura (no en vano, como ya dijimos, él fue quien acuñó el término de «generación del 98»).

La trilogía compuesta por *La voluntad* (1902), *Antonio Azorín* (1903) y *Las confesiones de un pequeño filósofo* (1904) constituye lo mejor de su producción novelística. El argumento, casi siempre esquematizado, se encuentra al servicio de las evocaciones y de la descripción de paisajes y tipos. Azorín aportó una visión tremendamente personal del hecho novelístico, aunque apenas tuviera trascendencia. Las tres novelas que hemos mencionado están protagonizadas por Antonio Azorín, personaje del que Martínez Ruiz tomó su seudónimo.

El teatro azoriniano trató, sin conseguirlo, de renovar la escena española. Obras como *Old Spain* (1926) y *Brandy, mucho brandy* (1927) no pudieron llegar al gran público por carecer de sentido teatral: todo en ellas es simbolismo, sin apenas acción.

LA GENERACIÓN DEL 98

El texto que te presentamos a continuación corresponde al fragmento final del artículo «La generación de 1898» y que Martínez Ruiz recogió en *Clásicos y modernos*. Como ya señalamos en la *Introducción*, ésta es la primera propuesta de agrupar a unos escritores en torno a esa fecha y, a pesar de notables discrepancias (la de Baroja incluida), lo cierto es que tardó muy poco en calar el término como identificador de una forma de sentir el tema de España.

Los estudios literarios, por el componente histórico que conllevan, a menudo necesitan del paso del tiempo para analizar con más detalle la realidad en la que se insertan. Sin embargo, Azorín demuestra en este artículo una enorme lucidez al ser capaz de extraer una poética común a la vez que se estaban redactando escritos fundamentales para el noventa y ochismo.

Como verás, se citan a un buen número de escritores (Pereda, Baroja, Echegaray, Campoamor, Góngora, Verlaine...), sólo son importantes en cuanto que sirven para afirmar o negar el espíritu del 98. Si lo encuentras preciso, puedes acudir a una enciclopedia para conocer sus trayectorias literarias, aunque no lo creemos necesario para entender este texto.

Un espíritu de protesta, de rebeldía, animaba a la juventud de 1898. Ramiro de Maeztu escribía impetuosos y ardientes artículos en los que se derruían los valores tra-

dicionales y se anhelaba una España nueva, poderosa. Pío Baroja, con su análisis frío, reflejaba el paisaje castellano e introducía en la novela un hondo espíritu de disociación; el viejo estilo rotundo, ampuloso, sonoro, se rompía en sus manos y se transformaba en una notación algebraica, seca, escrupulosa. Valle-Inclán, con su altivez de gran señor, con sus desmesuradas melenas, con su refinamiento del estilo, atraía profundamente a los escritores novicios y les deslumbraba con la visión de un paisaje y de unas figuras sugeridas por el Renacimiento italiano: los vastos y gallardos palacios, las escalinatas de mármol, las viejas estatuas que blanquean, mutiladas, entre los mirtos¹ seculares; las damas desdénosas y refinadas que pasean por los jardines en que hay estanques con aguas verdosas y dormidas.

[...]

El movimiento de protesta comenzaba a inquietar a la generación anterior. No seríamos exactos si no dijéramos que el renacimiento literario de que hablamos no se inicia precisamente en 1898. Si la protesta se define en ese año, ya antes había comenzado a manifestarse más o menos vagamente. Señales de ello vemos, por ejemplo, en 1897; en febrero de ese año uno de los más prestigiosos escritores de la generación anterior —don José María de Pereda— lee su discurso de recepción en la Academia Española. La obsesión persistente de la literatura nueva se percibe a lo largo de todas esas páginas arbitrarias. Pereda habla en su trabajo de ciertos *modernistas* partidarios del cosmopolitismo literario; contra los tales arremete furiosamente. Pero páginas más adelante, el autor, no

¹ *mirtos*: arrayanes, arbustos.

contento con embestir contra esos heresiarcas², nos habla de otros personajes «más *modernistas* aún», «los tétricos de la negación y de la duda, que son los melencólicos de ahora» —¡oh melencólicos pretélicas³ de Valle-Inclán!—, los cuales melencólicos proclaman, al hablar de la novela, que «el interés estriba en el escarpelo sutil, en el análisis minucioso de las profundidades del espíritu humano». (Mas véase la fuerza del movimiento innovador: Pereda, que tan absurdamente declama contra la innovación literaria, sin enterarse en qué consiste, hace suya, ya casi al final de su discurso, la doctrina de un autor que dice que todos los idiomas «tienen en sí una virtualidad estética que obra en el espíritu del lector como manantial de deleite, *independientemente del contenido interior de las ideas*»... Y eso no es otra cosa que el fundamento del vitando⁴, abominable, revolucionario *simbolismo*⁵.)

La generación de 1898 ama los viejos pueblos y el paisaje; intenta resucitar los poetas primitivos (Berceo, Juan Ruiz, Santillana); da aire al fervor por el Greco ya iniciado en Cataluña, y publica, dedicado al pintor cretense, el número único de un periódico: *Mercurio*; rehabilita a Góngora —uno de cuyos versos sirve de epígrafe a Verlaine, que creía conocer al poeta cordobés—; se declara romántica en el banquete ofrecido a Pío Baroja con motivo de su novela *Camino de perfección*; siente entusiasmo por Larra y en su honor realiza una peregrinación al cementerio en que estaba enterrado y lee un discurso ante su tumba y en ella deposita ramos de viole-

² *heresiarcas*: autores de herejías. En el texto tiene sentido irónico.

³ *pretélicas*: arcaísmo por *pretéritas*.

⁴ *vitando*: odioso.

⁵ *simbolismo*: escuela literaria de origen francés que prefiere sugerir o evocar los objetos, en lugar de nombrarlos, para dotarlos de valor simbólico o trascendente.

tas; se esfuerza, en fin, en acercarse a la realidad y en desarticular el idioma, en agudizarlo, en aportar a él viejas palabras, plásticas palabras, con objeto de aprisionar menuda y fuertemente esa realidad. La generación de 1898, en suma, no ha hecho sino continuar el movimiento ideológico de la generación anterior: ha tenido el grito pasional de Echegaray, el espíritu corrosivo de Campoamor y el amor a la realidad de Galdós. Ha tenido todo eso; y la curiosidad mental por lo extranjero y el espectáculo del Desastre —fracaso de toda la política española— han avivado su sensibilidad y han puesto en ella una variante que antes no había en España.

UNA CIUDAD Y UN BALCÓN

FRENTE a los cambios revolucionarios que propugna el joven Azorín, la madurez le lleva a ir decantándose hacia posturas lejanas de su radicalismo inicial. Y así, acaba por preferir unas propuestas de cambio cimentadas en la cultura: al profundizar en la tradición cultural española, el lector verá las diferencias que hay con el resto de Europa y procurará paliarlas.

Este artículo, recogido en Castilla, es una obra maestra de la minuciosidad, del detalle. Como verás, los elementos que dan título al texto, la ciudad y el balcón, sirven para describir el estado de ánimo del caballero, auténtico protagonista del texto.

El tiempo pasa, pero lo esencial permanece. Este podría ser el resumen de la perspectiva intrahistórica en la que se sitúa Azorín. Los tres momentos que nos presenta (alrededor de los años 1500, 1789 y 1900) sirven al único motivo de mostrar la inmutabilidad de la esencia espiritual de los pueblos. Y para ello el autor no duda en emplear palabras antiguas, ya en desuso, pero que recrean a la perfección los paisajes que describe.

*No me podrán quitar
el dolorido sentir...*

GARCILASO

Entremos en la catedral; flamante, blanca, acabada de hacer está. En un ángulo, junto a la capilla en que se venera la Virgen de la Quinta Angustia, se halla la puer-